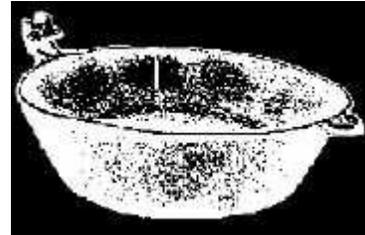


Revista THEOMAI / THEOMAI Journal

Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo / Society, Nature and Development Studies

número especial (invierno de 2002)
special issue (winter of 2002)



Las crisis en la Argentina. Juicio a la memoria y la identidad nacional. Reflexiones desde la perspectiva histórica

Noemí M. Girbal-Blacha*

* CONICET, Universidad Nacional de Quilmes y Universidad Nacional de La Plata.

"Mi barómetro para conocer las garantías de tranquilidad que ofrece un país las busco en el estado de su hacienda pública y, al mismo tiempo, en las bases de su gobierno". (José de San Martín, 1818)

1.- A modo de preámbulo:

La crisis en la Argentina cobra hoy perfiles desconocidos para el pasado mediato y reciente. La generación a la cual pertenezco, formada académicamente en la segunda mitad de la década de 1960, estuvo signada por las crisis, cada vez más profundas, más violentas, estructurales, difíciles de superar y cíclicamente presentes. No obstante, la memoria colectiva(1) sólo guarda recuerdos fragmentados, algunas imágenes -en ocasiones borrosas- de las crisis orgánicas, profundas, multicausales, que afectaron la estructura económica y social del país, la escala de valores vigentes y sumieron a la sociedad en el desconcierto hasta poner en riesgo la identidad nacional.

No abundan las explicaciones históricas en torno a las crisis argentinas, aunque se vuelva la mirada hacia ellas en busca de soluciones, en casi todas las oportunidades en que críticas situaciones agobian al cuerpo social. Hoy como ayer se siente "la vital necesidad de sumergirse en el

pasado para bucear los orígenes de sus quebrantos". (2) Si pensamos que la Historia procura comprender y hacer comprender, es preciso reconocer la vigencia de estas crisis, como problema histórico. Si como lo expresara Fernand Braudel *"la historia no es más que una constante interrogación de los tiempos pasados en nombre de los problemas y las curiosidades -y aun de las inquietudes y angustias- del tiempo presente que nos rodea y nos sitia"*; si *"la historia es antes que nada la respuesta a preguntas, frecuentemente las mismas, pero jamás exactamente las mismas, que nos plantea cada generación nueva, con respecto a un inmenso pasado que debemos salvaguardar"*; (3) si a la manera de Benedetto Croce consideramos a la Historia como idealmente contemporánea; y si por último, reconocemos que es tan importante un buen planteo de los problemas como su resolución (aunque sea parcial), entonces las crisis por las que ha pasado y pasa la Argentina, merecen y exigen una profunda reflexión histórica, hoy como en 1930. Porque es preciso señalar diferencias, discontinuidades y no sólo similitudes. En este sentido, las representaciones del pasado se tornan fundamentales para la comprensión de los sucesos, de las fracturas sociopolíticas a lo largo del tiempo; ya que el olvido es también una forma, si se quiere perversa, de manipular la memoria y porque la identidad nacional no es sólo un concepto de las ciencias sociales. (4) *"La memoria participa de la construcción de la identidad de nuestras sociedades"* (5) y la Historia tiene una importante misión que cumplir: mantener presentes y consolidar *"los lugares de memoria"*. (6)

2.- El escenario de la crisis para las Ciencias Sociales:

En los años '30 la cultura de la depresión económico-financiera, que afecta a los países del mundo occidental, enmarca sus perfiles más característicos entre la vanguardia y la tradición. La izquierda intelectual cobra importancia como un modo de legitimar causas populares, mientras se desarrolla una literatura social realista, descarnadamente descriptiva. En Estados Unidos e Inglaterra el debate sobre la crisis se plantea en términos de teorías y de políticas económicas. El keynesianismo que opone al libre juego de las fuerzas del mercado (propuesto por los economistas ortodoxos), la intervención estatal capaz de estimular la inversión y la demanda, para frenar la recesión y el desempleo, es quizás su expresión más trascendente. Por otra parte, en el ámbito europeo la crisis del hombre contemporáneo asume con Heidegger, Jaspers, Ortega y Gasset -entre otros- algunas de sus expresiones mayores.

Desde el campo de las ciencias sociales, los estudios históricos se orientan hacia una propuesta globalizante que privilegia los aspectos económicos y sociales, acompañada de una renovación metodológica y conceptual, contrapuesta a la historia fáctica y erudita, asentada en el empirismo; distinguiéndose de ella pero sin desconocerla. Los Annales d'histoire économique et sociale, publicados por Lucien Febvre y Marc Bloch en 1929, se hacen eco de esta renovada propuesta y de los efectos de la crisis internacional; comprometen a la historia con el presente y con una explicación propia de aquella propuesta totalizadora, inserta en el abanico de las ciencias sociales y recordando -con total actualidad- que *"el individuo no es jamás otra cosa que lo que permiten que sea su época y su medio social"*. (7)

En la Argentina, la crisis no sólo alimenta una literatura narrativa, realista, de creadores nacidos del desconcierto, al estilo de Roberto Arlt, Raúl Scalabrini Ortiz, Ezequiel Martínez Estrada, entre otros, sino la edición y reedición de obras que retrotraen su mirada y su análisis a la crisis de 1890; la reacción de los intelectuales se manifiesta a través de publicaciones específicas y las preguntas giran en torno al papel que debe desempeñar el Estado frente a una situación límite.

En la crisis de finales de los años de 1980 y desde sus tempranas manifestaciones en la década anterior, las preocupaciones vuelven a manifestarse de modo directo o indirecto, casi en el mismo sentido. Se editan y reeditan obras clásicas y testimoniales que abordan aspectos significativos de los años críticos de 1890, 1930, 1952 y 1962. Se intentan descubrir similitudes y respuestas frente a

la encrucijada que se vive en los '80. Hoy -en medio de una crisis de proporciones desconocidas- la producción académica y periodística también hurga en el pasado para no repetir errores; pero lo hace sin demasiada convicción, en medio de una alteración sustantiva de los valores más caros a la sociedad argentina, inmersa en una crisis de identidad entre la sociedad y su clase dirigente; una crisis institucional, económica y social sin antecedentes que combina respuestas inorgánicas con otras que procuran articular esfuerzos y sustituir las formas tradicionales de representación política con otras, de perfiles renovados, para recuperar la representatividad perdida y la legitimidad del poder político.

Las ciencias sociales también sienten el impacto de la crisis general. Primeramente, esa crisis se manifiesta en sus debates acerca de "*la historia narrativa*", "*el regreso al relato*", "*los nuevos historiadores*", o "*la nueva historia*", que entre 1978 y 1980 alimenta la polémica entre Lawrence Stone y Eric Hobsbawm.(8) Más tarde, su expresión es el auge de la teoría de los paradigmas, la aproximación de la historia a la antropología y la psicología, "*el regreso del actor social*" al escenario de las ciencias sociales.(9) Se prolonga en la necesidad por "*escribir historia popular*", no en el sentido general con que se escribió en los '60, sino como una combinación de historia erudita y estilo fluido, casi anecdótico. Dicho con las palabras del historiador británico Paul Johnson, "*nunca ha sido tan importante que los historiadores de todo tipo acepten su responsabilidad pública, transformando el pasado en algo real y viviente en la conciencia de la gente común*".(10)

Hoy, aunque las palabras del historiador inglés estén más presentes que nunca, es posible afirmar que no se piensa en explicaciones globales, sino en la microhistoria para la construcción del hecho social y -a partir de él- en la explicación macrohistórica. El debate siempre saludable sobre las formas de hacer historia es un llamado de atención al compromiso y a la participación de los historiadores en su ejercicio de recreación y explicación del pasado para comprender y hacer comprender mejor el tiempo presente, particularmente crítico y conflictivo para la Argentina de rumbo incierto, de asfixiante deuda externa, de la pobreza, de la marginalidad, de la corrupción, de la disolución social y de la crisis de representatividad, que es al mismo tiempo crisis de legitimidad. Una crisis tan profunda que jaquea a la gobernabilidad, al sistema político argentino, y a la Nación misma.

Más allá de estas consideraciones que ponen en tela de juicio el papel de los intelectuales, de las ciencias sociales y particularmente de la historia; se descubren "*los males de la memoria*"(11) argentina, que calan tan hondo que terminan por afectar la identidad nacional.

Conforme a las consideraciones expuestas, este trabajo tiene por objeto caracterizar y explicar las raíces históricas de las crisis más significativas que han afectado y afectan a la Argentina del siglo XX, para reconocer las bases estructurales de la misma y la dimensión de sus efectos en toda la sociedad.

3.- Raíces Históricas de las crisis argentinas (de 1890 al 2002):

Inmersa en las connotaciones típicas de la Argentina Moderna, agroexportadora, receptora de inmigración masiva y capital externo, donde la posesión de la tierra otorga poder político y es símbolo de prestigio social, la Nación aparece gobernada por una élite de "*liberales en lo económico pero conservadores en lo político*".(12) Una vez resuelta, en 1880, la federalización de Buenos Aires y convenientemente encauzado el localismo porteño, se organiza un poder político fuerte, basado en "*la alianza de notables*",(13) en el Partido Autonomista Nacional (PAN) que expresa la suma de voluntades de los gobernadores y organiza una estructura política de alcance nacional. Se inaugura la etapa del liderazgo roquista que se sostiene en la "*paz y administración*" de base positivista; que se esfuerza por legalizar el poder y pacificar el país, para poder transformar los

perfiles criollos de la Argentina previa a 1880. Los sectores terratenientes del litoral conjugan sus intereses con los de los inversores, exportadores, importadores y agroindustriales del interior para hacer posible la Argentina Moderna del "*progreso indefinido*".

Los guarismos económicos de entonces dan muestras del "*boom*" socioeconómico argentino, dan paso a "*la revolución en las pampas*" y "*el progreso argentino*" (14) coexiste con la consolidación del régimen de arrendamientos, la falta de crédito agrícola, el monopolio de la mecanización agraria y una comercialización cerealera concentrada y dependiente de consignatarios, acopiadores y del monopolio de los llamados "*cuatro grandes*". Estos resultados de la política implementada desde el estado oligárquico y los vaivenes en la coyuntura financiera internacional conducen al "*apogeo y crisis del liberalismo*"(15) hacia 1890; cuando se desata la crisis monetaria y fiscal que unida a la inestabilidad política, conducen al primer llamado de atención que recibe el modelo implementado por los hombres de la generación del 80.(16)

El Estado se pone al frente del desarrollo económico y se prepara para recibir las ventajas del crédito externo sin advertir las consecuencias del endeudamiento externo y los riesgos de escindir sus decisiones del control ejercido por Julio A. Roca desde el PAN. La crisis que entre 1889 y 1893 afectan las finanzas y las industrias de Gran Bretaña, Francia, Alemania y Estados Unidos, cobra perfiles internacionales y afecta las finanzas de la República Argentina, que pasa de un endeudamiento creciente a un estado de cesación de pagos. Se desata entonces un proceso inflacionario incontrolable, cuyos primeros síntomas se observan en las postrimerías del decenio de 1880. Especulación, expansión del crédito y emisiones sin control de circulante -al amparo de la ley de bancos garantidos de 1887- sumen al país -como expresión de tendencias comunes a otras naciones- en una crisis financiera, comercial, que eclosiona hacia 1890 y define un "*nuevo ciclo crediticio*", cuando la inversión directa de capital externo equivale al monto de los préstamos contratados para ferrocarriles, puertos y el sistema bancario.(17) Como expresara un contemporáneo a los sucesos "*la fiebre económica conmueve la moral social*" e invita a "*la corrupción política*".(18)

El oro ve subir su cotización de \$139 en 1886 a \$ 251 en 1890 y a \$ 332 dos años después. El aumento en las importaciones y el consecuente drenaje de oro deteriora vertiginosamente nuestra balanza de pagos. Las provincias ven crecer ilimitadamente su endeudamiento externo. Entre 1886 y 1890 la deuda pública argentina se triplica; el desequilibrio fiscal se acentúa, causa desconfianza en los mercados y promueve el refugio de inversor en el oro. La oferta monetaria crece un 150 % entre 1886 y 1890; mientras nuestra moneda sufre una desvalorización estimada en un 332 % para el período 1883-1891. La cuestión adquiere aristas desconocidas para los argentinos de entonces y se complica a nivel internacional con la quiebra de la casa Baring Brothers, principal y tradicional acreedor de la Argentina.(19)

La especulación, el febril juego bursátil, la ganancia fácil, sin esfuerzo ni inversión de riesgo, se convierten en actos cotidianos para los porteños; cuyos perfiles más significativos y pintorescos a la vez, quedan registrados en las novelas realistas del joven periodista de La Nación José Miró (Julián Martel) La Bolsa, en Quilito de Carlos María Ocantos y en Horas de fiebre de Segundo Villafañe. Mientras desde las publicaciones periódicas y los centros de producción se proponen soluciones al dilema de la crisis.(20)

También desde el Senado de la Nación se denuncian conductas irregulares. El 3 de junio de 1890 es Aristóbulo del Valle quien denuncia la emisión estatal sin límite: "*esto que se llama emisión clandestina -dice- no es otra cosa que falsificación de moneda, quien quiera que sea el falsificador*".(21) Poco después es el Vicepresidente Carlos Pellegrini quien reclama la necesidad del "*restablecimiento de la confianza*", en una carta que dirige al Presidente de la Nación para recordarle que: "*los bancos hipotecarios fueron puestos al servicio de la especulación, con lo que se exageró el valor de la tierra y se mantuvo la tierra sin cultivar*"; y que "*los bancos garantidos se fundaron con mayor capital*

que el necesario y se apresuraron a colocarlo y lo colocaron mal, por las influencias perniciosas que pesan siempre sobre los bancos del Estado; el oro importado al país para garantía de la emisión fue lanzado a la plaza en persecución de una quimera; y el papel producido por su venta fue igualmente entregado a la plaza para fomentar la misma especulación que se trataba de combatir". (22)

La corrida del oro, primero, y la de los depósitos, poco después, restringen el crédito y conducen a la quiebra del Banco Nacional, del Banco Hipotecario Provincial y a una larga moratoria al Banco de la Provincia de Buenos Aires. Al mismo tiempo, la "*revolución desde adentro*" -contra Juárez Celman y no contra el sistema político- estalla el 26 de julio de 1890 y es vencida, pero el Presidente renuncia. El resultado final es óptimo para "*los notables*"; aunque como dice el General Julio A. Roca, en alusión directa a su persona, nadie haya visto al verdadero autor de la obra.

La continuidad institucional se preserva pero la Argentina ya no sería la misma y los sectores medios que militan en los partidos políticos modernos como la UCR se alinean paulatinamente tras la abstención, la intransigencia y la revolución, propuestas por Hipólito Yrigoyen. Con recelo el roquismo irá disgregándose hasta el momento en que la reforma electoral implementada por Roque Sáenz Peña entre 1911 y 1912, termina por encumbrar, en 1916, al radicalismo en el gobierno nacional.

No obstante esta pérdida de homogeneidad en las relaciones de la élite dirigente, el acuerdo intersectorial se recompone una y otra vez. La reconciliación política se juzga indispensable para superar esta "*crisis del progreso*" que no afecta las bases productivas de la Argentina Moderna. Es una crisis sustancialmente monetaria y fiscal, relacionada con la coyuntura del momento. El plan de reconstrucción, proyectado por Carlos Pellegrini a cargo de la Presidencia de la Nación, y su ministro de Hacienda Vicente Fidel López, se dirige a sanear el sector más afectado: las finanzas, en momentos en que se desconoce el monto exacto del circulante y de la deuda de las provincias.

Para una amortización y conversión gradual de la moneda, el 7 de octubre de 1890 se crea la Caja de Conversión. Decretada la liquidación del Banco Nacional, nace en 1891 el Banco de la Nación Argentina, con la participación del capital privado. Se cancelan las concesiones ferroviarias y la venta indiscriminada de tierra pública propuesta por Juárez Celman. Se regulariza la deuda externa, se suscribe un empréstito interno (15 millones de pesos), se restringen severamente los gastos y se fijan altos impuestos internos (1891). En síntesis: se implementa un durísimo ajuste para restablecer las condiciones favorables para la expansión productiva.

Las consecuencias no se hacen esperar. Se origina una baja del oro y la consecuente valorización del papel moneda hacia mediados de la década de 1890, que derivan en un aumento de la desocupación y migraciones internas en busca de trabajo, ante la reacción de los grandes exportadores y productores agropecuarios que deben vender sus productos a valor oro, en baja, y pagar sus impuestos y salarios en papel moneda valorizado. Una situación que procura corregir el régimen de conversión monetaria de 1899 (1 peso papel= 0,44 \$ oro) cuya misión es regular el valor de nuestra moneda al mismo tiempo que intenta disminuir los efectos del malestar social, que paulatinamente pasa de la ciudad al campo.

El estallido de la Primera Guerra Mundial deteriora la inversión externa, el flujo migratorio y el embarque de cereales ante la falta de bodegas y la ventajosa competencia que ofrecen Canadá y los Estados Unidos. A esta coyuntura se suman algunos factores internos no menos importantes, tales como el fin de la expansión horizontal agraria, el descenso en los rendimientos y los altos costos de producción, que junto con la baja en los precios internacionales del trigo (desde 1926) y del maíz (desde 1928) deterioran las ventajas comparativas de la agricultura argentina y atentan contra la racionalidad económica del productor rural.(23) "*Desfilan así problemas relacionados con la propiedad de la tierra, el rol del latifundio o de los arrendamientos y la inversión agraria necesaria al crecimiento*", que constituyen en conjunto "*una suerte de teoría contestataria del progreso*

indefinido".(24)

La posguerra pone en jaque a nuestra ganadería, en el marco de la crisis comercial de 1921. Una situación que induce al sector pecuario más importante de la economía nacional a pedir y obtener el auxilio estatal, para revertir sus efectos negativos y asegurar una rentabilidad aceptable al productor de ganado, que asiste al cambio en las exigencias de la demanda del mercado externo (del congelado al enfriado). No obstante los esfuerzos del Presidente Marcelo T. de Alvear, la legislación que procura proteger al importante sector ganadero de la pampa húmeda del poder de los frigoríficos, no consigue sus objetivos y la ley que dispone la fijación de un precio máximo para el consumo interno y un precio mínimo para la venta de carne al frigorífico, debe ser suspendida, con un alto costo político para el gobierno radical. De todos modos, la respuesta, junto con la fórmula ruralista de "*comprar a quien nos compra*" -que refuerza los nexos con Inglaterra a partir de 1926- y la firma del frustrado Pacto D'Abernon de 1929, pueden considerarse un antecedente inmediato del intervencionismo económico del Estado propio de los años de 1930. La situación coincide con los efectos del *crac* neoyorquino de 1929, que para la Argentina se enlazan a las consecuencias derivadas de la ruptura del orden institucional, ocurrida el 6 de setiembre de 1930.

A diferencia de lo ocurrido en 1890, la crisis de 1929 afecta profundamente a todo el mundo occidental y especialmente a una economía abierta como la argentina; cuando le pone fin al paradigma del crecimiento hacia afuera. Los efectos no son sólo económico financieros; la crisis expresa una sintomatología social, al mostrar alteraciones en la escala de valores vigentes (ahorro, propiedad, orden) y también en la mentalidad colectiva. Crisis de identidad, de dependencia, de distribución, de participación y de legitimidad del poder político se conjugan, para dar cuenta de la magnitud de un proceso que reclama cambios de parte de la sociedad argentina en su conjunto.(25) La crisis activa en el mundo los nacionalismos económicos. Se realinea el mercado mundial alentado por el bilateralismo, las políticas deflacionistas persiguen la liquidación de stocks, los precios de los productos primarios se desploman, las quiebras se suceden, la desocupación se generaliza, se activa la polarización social y el Estado liberal entra en crisis. La situación presenta un caldo de cultivo favorable para la propagación de formulaciones políticas equidistantes: fascistas, nazis, democráticas o nacionalistas autoritarias, que gestan los embriones de la Segunda Guerra Mundial.

Después del punto de máxima inflexión de la crisis, en 1933, el intervencionismo anuncia la presencia del Estado keynesiano (1936) con su papel inductor, mientras el empirismo del New Deal de Roosevelt innova el ambiente estrictamente liberal estadounidense, en pro de la reactivación económica mediante el aumento de la demanda y el estímulo de la deflación bajo la regulación estatal. En una economía receptiva a los cambios de precios en el mercado mundial y a las variaciones en el comercio internacional, con poca capacidad de consumo interno -como ocurre en el caso argentino y otros de Latinoamérica- los mecanismos de transmisión de la crisis internacional, el viraje proteccionista y el establecimiento del régimen de preferencia imperial británico, impactan plenamente en el modelo agroexportador.(26)

En la Argentina la implementación del control de cambios en 1931 -con su reforma en 1933-, las mutaciones políticas internas y la depreciación de la moneda que acompaña al proceso de industrialización por sustitución de importaciones, se conjugan con el fomento del bilateralismo comercial que alcanza su máxima expresión con la firma del Tratado Roca Runciman en 1933 y el Acuerdo Anglo Argentino de 1936; en medio del derrumbe del sistema multilateral de comercio y pagos. La mayor flexibilidad del sistema monetario promueve la reforma bancaria de 1935, por la cual se crean el Banco Central de la República Argentina -con capitales mixtos- para establecer la emisión monetaria y fijar la tasa de interés, y el Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias, destinado a movilizar los activos fijos. El Estado avanza para subsidiar la economía agraria y con ese objetivo se crean, a partir de 1933, las Juntas Reguladoras de Granos, de Carnes, de Vinos, de Yerba Mate, de Azúcar y de Algodón. Sostener los precios de los productos del agro, evitando ventas apresuradas por la desvalorización de la moneda y asegurar la rentabilidad del productor,

forman parte de los propósitos esenciales de las medidas adoptadas.(27)

En 1934 el joven Director de la Oficina de Investigaciones Económicas del Banco de la Nación Argentina, Raúl Prebisch, se refiere a la inflación que afecta a nuestra economía como producto de factores internos y externos, buscando algunas respuestas en los lejanos y críticos años de 1890. Apunta sugestivas diferencias entre las crisis de 1890 y de 1929. Mientras en los '90 la cantidad de moneda casi se triplica, en los años '30 disminuye; los precios agropecuarios en ascenso en la última década del siglo XIX, en los '30 descienden hasta un 48 %; en tanto en la crisis de 1890 los deudores rurales (por el alza en los precios externos) ven aliviarse en las dos terceras partes el peso de sus deudas, en la crisis de los '30 la carga de las deudas es agobiadora, a causa del descenso en las cotizaciones agrarias. Pese a las diferencias las crisis se repiten, como lo expone Prebisch, porque "*no sólo tenemos deudores. Constituimos asimismo un país esencialmente deudor y productor agrario, severamente golpeado por la baja de los precios internacionales*".(28)

Al finalizar el primer trienio de los años '30 los precios de los cereales mejoran debido a la sequía estadounidense y la recuperación de la economía argentina cobra fuerza; pero nuevamente la sombra de la recesión se proyecta a fines del decenio con motivo del estallido de la Segunda Guerra Mundial, a pesar del intervencionismo estatal que ayuda a mitigar las pérdidas del sector rural de la economía nacional. Frente a un comercio mundial limitado y una creciente importancia del sector industrial, se busca restaurar la hegemonía agroexportadora. Una expresión acabada de esa intención es el Plan de Reactivación de la Economía Nacional presentado ante el Senado de la Nación en 1940, por el socialista independiente y ministro de Hacienda Federico Pinedo. Primer documento de Estado donde se procura modificar -aunque sea parcialmente- la estrategia de desarrollo económico vigente, conciliando: industrialización y economía abierta, fomentando el comercio con los Estados Unidos y promoviendo la conformación de un mercado de capitales. Una propuesta que -aunque tardía y vacilante- atiende al mercado interno y procura anticiparse a los efectos de la posguerra e incluso es considerada como un antecedente directo del programa "*mercadointernista*" del peronismo. La confrontación política entre radicales alvearistas y partidarios del ex. Presidente Agustín P. Justo, anulan este desafío y frustran la aprobación legislativa del Plan.(29) La política impone sus reglas a las decisiones económicas, que se ven postergadas; aunque no por mucho tiempo.

El fin de la Segunda Guerra Mundial, las prósperas y estables condiciones del país ante una coyuntura internacional que le resulta favorable -especialmente hasta 1949- dan cuenta de las reformas socioeconómicas emprendidas primero desde la Secretaría de Trabajo y Previsión y luego, por la propia gestión gubernativa peronista, en favor de la redistribución del ingreso y sobre la base del diagnóstico que lleva a cabo el Consejo Nacional de Posguerra. La propuesta de una "*economía cerrada*" -más discursiva que real- puesta al servicio de la doctrinaria "*justicia social*", son producto de nuestras condiciones de país acreedor, pero también de una decisión política del Estado dirigista y planificador liderado por Juan Domingo Perón, que pone la economía al servicio de amplios sectores de la sociedad. El mercado interno fortalecido por una política económica incluyente, basada en una nueva alianza de clases entre la pequeña y mediana burguesía industrial y los obreros, se convierte en el centro de la planificación económica quinquenal de 1947. Sus resultados aparecen a la vista. En 1949 "*los trabajadores argentinos tuvieron la mayor participación en el reparto del Producto Bruto*".(30)

La opción mercodinternista del peronismo avanza. Lo hace afirmándose en controles de precios, un sistema financiero nacionalizado (desde 1946), mejoras sociales, crédito destinado a la producción y en el uso estratégico del sector agropecuario para dar impulso a la pequeña y mediana industria nacional, sin desamparar totalmente a los sectores más tradicionales de la producción del país. Desde el Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio (I.A.P.I.) la comercialización de los productos agrarios monopolizada por este organismo autárquico desde 1946, permite promover la industria argentina con recursos genuinos; cuando la diferencia entre

los altos precios internacionales agrícolas y los precios mínimos pagados al productor rural por el I.A.P.I., es derivada al sistema bancario nacionalizado y -a su vez- distribuido cómo crédito a la producción en condiciones ventajosas (bajas tasas de interés y largos plazos de reintegro).(31)

Hacia 1950 la coyuntura mundial se suma a las dificultades de implementación de algunas estrategias de la planificación quinquenal (1947-1951) y esa política económica debe ser revertida. La pendular "*tercera posición*" sostenida por el peronismo decae y el gobierno nacional recurre al capital externo para encauzar la economía. Una situación queda al descubierto, "*la financiación subsidiada permitió el surgimiento y la capitalización (¿sobrecapitalización?) de una clase empresarial nacional, pero sin duda fue incapaz de establecer un mecanismo permanente de financiación a largo plazo*".(32)

Una vez más, el campo se constituye en la alternativa para plantear la reorientación económica del país y superar el deterioro en los términos del intercambio, frente al decaimiento de la producción industrial, que carece de la materia prima necesaria, maquinaria de reemplazo y es afectada, especialmente, por el uso no siempre adecuado que del crédito hiciera el sector. Están muy lejos ya los proyectos de reforma agraria anunciados por el peronismo durante la campaña electoral y desde 1944 -con la anuencia del Consejo Agrario Nacional creado en 1940-, se decide prolongar la política de suspensión de los desalijos de campos, se mantienen estables las propuestas del Estatuto del Peón y el I.A.P.I. revierte su función de fomento industrial para convertirse -mediante un fuerte endeudamiento con el sistema bancario oficial- en organismo de subsidio al sector rural.

Dos malas cosechas consecutivas, en 1950-1951, frustran las expectativas oficiales y en 1952 se produce el "*crack del Estado de Bienestar*", la quiebra del poder económico del peronismo, en medio de una inflación creciente. Sin crédito internacional, "*la Argentina sólo podía pagar sus importaciones a través de sus exportaciones de materias primas*";(33) pero la producción agrícola aparece deteriorada por la sequía y -en consecuencia- resulta casi imposible la importación de insumos necesarios para seguir sosteniendo la industria nacional. En 1952, el flamante segundo gobierno de Perón aparece jaqueado por la crisis, que procura ser contrarrestada por el Plan de Emergencia Económica.(34) Es este documento gubernamental el que da muestras acabadas del cambio de rumbo de la política económica y con él la ya iniciada "*vuelta al campo*".(35) La consigna gubernamental dirigida al conjunto de la sociedad argentina es entonces producir y ahorrar más, consumiendo menos.

A partir de entonces y especialmente desde 1955, el frágil equilibrio político acompaña nuestra oscilante economía, con prolongados y cada vez más agudos períodos de crisis; mientras se busca la estabilización en los precios nominales, en medio de un proceso inflacionario que se resiste a abandonar la vida cotidiana de los argentinos. Una coyuntura a la cual no resulta ajena la intervención del Banco Central, para financiar el déficit fiscal.

En los años de 1950, la CEPAL, en su explicación sobre el estancamiento económico de América Latina, responsabiliza de ese efecto a la estructura de la propiedad de la tierra, mientras reclama el aumento de la producción agraria y el descenso en los costos de producción; proponiendo como herramienta el aumento del uso de tecnología rural. En la década de 1960, los representantes de los grandes productores rurales, acusan a la política peronista de la descapitalización del agro y del estancamiento del campo. A fines de este decenio y con perspectiva académica algunos análisis se preguntan "*por la gran demora*" o por la "*desaceleración del crecimiento*". (36)

No obstante, cualquiera sea el ángulo desde el cual se formulen los interrogantes, para 1962 una nueva crisis -más política que económica- afecta a la sociedad argentina, que no logra reconstituir su hegemonía y sufre los efectos perniciosos de una inflación sostenida y en aumento desde 1959.(37) La postura industrialista y estatista, que brega por una fuerte entrada de capital externo y responde en gran medida al mandato del Fondo Monetario Internacional, se constituyen en

verdaderos desafíos para el Presidente Arturo Frondizi, jaqueado por los militares y por el poder que ejerce Perón a la distancia. Se iniciaría en la Argentina la etapa del "*Estado de Malestar*" para las mayorías.(38)

La coyuntura internacional de los años de 1970 marca una nueva etapa crítica para países como la Argentina. Se frena drásticamente el crecimiento económico mundial y se emprende un ajuste para afrontar los reveses del sistema: el derrumbe del orden monetario de Bretton Woods, los bruscos incrementos en los precios de los energéticos que se disparan desde los países de la OPEP y el abrupto ascenso de las expectativas inflacionarias. Son estas variables las que inciden en los términos del intercambio, así como los mercados financieros mundiales y las balanzas de pagos, que obligan a cambiar los objetivos e instrumentos de la política económica.

Desde 1973 el flujo de capital hacia los países en desarrollo es creciente y fluido -coexistiendo con una vertiginosa fuga de capitales nativos- operando como un factor importante para sostener su crecimiento en forma de créditos bancarios a tasas de interés flotantes. En la Argentina los efectos de la coyuntura externa y de las políticas populistas aplicadas, así como la falta de apoyo político intersectorial a la Presidente María Estela Martínez de Perón y la puja con los sindicatos, se expresan en el "*rodrigazo*", cuando en junio de 1975 la devaluación del peso licua los salarios reales y promueve un 160 % de inflación en el último semestre de ese año. Por entonces, "*el aumento de precios marcó un récord histórico y el gobierno perdió el control de sus variables económicas. Los acontecimientos del 75 preñaron el violento cambio de rumbo que comenzaba en la evolución de la economía argentina*". (39) Convulsión y estancamiento primero, endeudamiento después, y, finalmente, "*desborde inflacionario y manifiesto retroceso en el proceso de crecimiento*", terminan por afectar la producción y la distribución "*hasta conducir a un estado de involución a nuestra economía*".(40)

Para varios historiadores y economistas este fenómeno es "*la última crisis del proceso de industrialización*"; y hay quienes la asocian a la política de Alfredo Martínez de Hoz que desde 1976 orienta los pasos económico financieros del Proceso de Reorganización Nacional. El 20 de diciembre de 1978 "*la tablita*" programa la pauta cambiaria, sostenida en una devaluación decreciente como recurso antiinflacionario. Se origina una declinación en el cambio real (se devalúa por debajo del aumento en los precios mayoristas), se deteriora la competitividad, aumenta la necesidad de financiamiento externo y no puede restablecerse la confianza interna para sostener el crecimiento económico de la Argentina. En 1980 la quiebra del importante Banco de Intercambio Regional (BIR) es un síntoma incontestable de la magnitud de la crisis que se avecina.(41)

La situación cambia bruscamente en 1981, cuando a la fuga de capitales se añade la baja de los precios del comercio mundial en dólares y las tasas reales de interés que aumentan sustancialmente de -11,8 % a + 16,7 %. En 1982, mientras las tropas argentinas ocupan las Islas Malvinas, el país se ve aislado del mercado de capitales como consecuencia del conflicto con Gran Bretaña. Ya sin la cuestionada "*tablita*", el nuevo Ministro de Economía -Lorenzo Sigaut- gesta y lleva adelante sucesivas devaluaciones que, finalmente, empeoran la situación socioeconómica de los argentinos. Mientras en 1978 la deuda externa (pública y privada) alcanzaba a los 12.500 millones de dólares, en 1982, asciende a 40.700 millones de dólares. Las dificultades del servicio de la deuda se tornan dramáticas.(42) Una vez más el Estado pagará los costos del aumento en las deudas privadas, absorbiendo parte de las mismas que se suman a la deuda pública. Nuevas normas y regulaciones rigen la acción del Banco Central, para permitir este traspaso deudor que habrá de pagar el conjunto de la sociedad argentina. Es que "*la situación de la deuda es la causa principal del fenómeno generalizado del reajuste y la recesión de América latina en los años ochenta, la más grave que ha experimentado la región desde los años 30*"(43), a la cual no es ajena la estrategia de reestructuración de la misma desplegada por el F.M.I. y el Banco Mundial, conducentes a una caída en el flujo de capital desde 1981.

De todos modos y a pesar de los ajustes latinoamericanos, la inflación no se detiene y se acrecientan la caída de la producción y el desempleo. La Argentina pasa por cuatro claras recesiones, que van más allá de los vaivenes de la coyuntura internacional: 1974-76, 1977-1978, 1980-1982 y la que se origina durante el retorno a la democracia con el fracaso del Plan Austral (1985). Los errores de la política interna no son ajenos a ese deterioro creciente. Entre 1973 y 1983 el crecimiento del PBI es de sólo el 0,6 % anual y el aumento medio de los precios del 166,5 % anual. Es que no son pocos los que opinan que *"en el caso argentino, el error más costoso fue la sobrevaluación extrema de la moneda en 1978-1981, que provocó una fuga masiva de capital"* .(44)

A una política monetaria y fiscal expansionista, aumentos salariales y controles de precios que caracterizan a la gestión peronista, le sucede desde 1976 el monetarismo friedmaniano en boga; la *"restauración ortodoxa"* conduce a una devaluación sustancial. Los salarios reales se reducen y se incrementa el déficit gubernamental, mientras se abandonan los precios regulados, se suprimen los subsidios y se adopta una política monetaria restrictiva, se disminuyen los aranceles y se liberaliza el control de cambio. El *"proyecto industrialista"* es demolido y se inaugura un proceso de profundos cambios en la estructura productiva, junto a nuevos desequilibrios en las finanzas públicas y en el balance de pagos. La puja distributiva se acentúa y se localiza entre el sector de bienes y servicios y la actividad financiera. Los bancos extranjeros se muestran cautelosos para acordarnos préstamos. La economía entra en una recesión profunda, con fuertes obligaciones de intereses y retrasos en el pago de la deuda externa.

La transnacionalización de la agricultura, el estilo tecnológico pampeano adoptado en las economías del interior (con sus pro y sus contra) y, ya no sólo el autoabastecimiento sino la exportación de alimentos por los países desarrollados, modifican -desde los años '70- las tradicionales características del mercado y estrangulan las posibilidades habituales de los países agropecuarios para comercializar con ventajas sus productos. A esta coyuntura se suman: la sofisticación financiera, con la desregulación institucional, y la persistencia de la inflación. Más que en otras etapas históricas todo plan de estabilización aparece asociado a la estabilidad de precios y no al buen nivel de actividad económica.

El rápido deterioro del sistema financiero diseñado en 1977, la consolidación de las deudas empresarias y la liquidación de entidades financieras entre 1980-81, es sólo el principio de una solución precaria, que no tendrá resultados efectivos, ni siquiera a mediano plazo. A fines del decenio de 1980 un informe de la Universidad Argentina de la Empresa señala que *"en los últimos sesenta años los indicadores estadísticos de la Argentina revelan, en comparación con los correspondientes al resto del mundo, un retroceso en el rango de importancia del país"*. Un comportamiento que, con excepción del sector agropecuario hasta mediados de los años '90, se acentúa en los rubros industriales, consumo energético y comercio exterior, por las causas enunciadas y por las que se han añadido como producto del extraordinario endeudamiento externo y de la crisis de representatividad y gobernabilidad que padece la Argentina del tiempo presente.

El panorama empeora sensiblemente desde 1989, cuando la hiperinflación (producto de la lucha entre grupos nacionales y extranjeros) deriva en la crítica salida anticipada del Presidente Raúl Alfonsín y el ascenso al Ejecutivo Nacional de Carlos Menem, en julio de ese año. Resulta una situación inédita para los argentinos, que comienzan a rastrear ejemplos similares en la Alemania de 1923. Durante los años '80 y a costa de la pérdida sufrida por los trabajadores en el conjunto del ingreso nacional, *"el Estado fue preso de los grupos económicos nacionales y extranjeros radicados en el país, y de los acreedores externos. Al capital concentrado interno, el Estado le transfirió, vía promociones industriales y estatización de la deuda externa, el 10 por ciento del PBI, y a los acreedores externos el 4 por ciento a través del pago de intereses de la deuda."* La conciliación de intereses entre grupos económicos nacionales y acreedores externos forma parte de la estrategia menemista y se explicita en los consorcios que se adjudican las principales privatizaciones. *"De hecho, en las privatizaciones los*

acreedores aportaron por la capitalización de la deuda externa con que el Estado argentino saldó la deuda. A cambio, el Estado les entregó acciones públicas".(45) El gobierno acrecienta de todos modos su endeudamiento para mitigar la fuga de capitales y sólo atiende intereses parciales -los más poderosos- de la sociedad argentina, que sufre un saqueo casi permanente de sus aspiraciones, alejadas de mecanismos para el ascenso social como la educación y el trabajo.

4.- Reflexiones finales:

Desde la Primera Guerra Mundial los economistas dan cuenta de 16 ciclos recesivos en el país, con una duración que nunca supera los 3 años. Desde el 2001, con la pesada herencia de un período de recesión que se profundiza y un índice de desempleo que ronda el 23 % (a diferencia del 8 % registrado en los años '30), "*los espejos históricos de la crisis argentina*" (46) muestran la imagen de una Argentina sumida en un deterioro profundo, en medio de una completa orfandad internacional, default público y privado, sistema financiero quebrado, problemas institucionales agudos; parece insuficiente pensar que con políticas ortodoxas como las que se vienen aplicando se puede salir de la crisis.

Aunque las circunstancias no sean las mismas, aunque se estime cada momento de nuestro pasado como único e irreplicable, nuestra coherencia para con las crisis recurrentes, cada vez más graves, y para con el empleo de recetas repetitivas que técnicamente aplicadas no se sostienen en el mediano y largo plazo, permiten reconocer similitudes y diferencias en los procesos más agudos de las crisis argentinas del último siglo, especialmente en sus perfiles económico-financieros.

Mientras en 1890 la crisis es monetaria y fiscal -producto en gran parte de la devaluación de 1885- agravada por la enorme emisión de moneda y el endeudamiento nacional y provincial, puede afirmarse que no afecta a las bases productivas de la economía; en 1930, la caída del comercio mundial produce una baja en los ingresos fiscales y obliga a salir de la convertibilidad establecida en 1899. La consecuente devaluación permite una expansión monetaria y un aumento del gasto, pero se continúan pagando las obligaciones externas. La confianza -a pesar del desconcierto- no resulta alterada en su esencia y no se genera salida masiva de dinero. Mientras esta crisis se origina en los países centrales, la de los años '70 se inicia en los países productores de petróleo (OPEP) y sus efectos se dejan sentir en todo el mundo.

En la década de 1930 quien paga las consecuencias de la crisis es toda la sociedad argentina; por ejemplo, por la parte no recuperada de los créditos transferidos al Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias creado -como el Banco Central- en 1935. En los inicios del decenio de 1980 lo hacen los depositantes del sistema financiero. Los resultados también son distintos. En los años '30 la confianza en el sistema no se deteriora, las tasas nominales de interés las fija el mercado y el grado de monetización de la economía no se altera.

En 1982, la estadística indica que el sistema financiero queda en estado crítico, se subsidia a los deudores mediante tasas nominales de interés inferiores a la inflación y se reduce drásticamente el grado de monetización de nuestra economía.(47) La eficiencia social de nuestro sistema financiero se deteriora profundamente. Es que "*la grandilocuencia y la retórica del crecimiento, del bienestar general y otros propósitos igualmente loables han sustituido las limitaciones prácticas de las autoridades monetarias y del sistema financiero*".(48) Entre 1983 y 1989, a pesar de haberse recuperado la ciudadanía, el retorno a las políticas keynesianas alienta la implementación de un programa ortodoxo de ajuste. La inflación acumulada es de 664.801 % y la devaluación de la moneda respecto del dólar alcanza a 1.627.429 %. El Plan Austral "*identifica la inercia inflacionaria como la causa más importante del aumento sostenido de precios*". El ajuste heterodoxo y la deuda externa forman parte de los "*dilemas del alfonsinismo*".(49) En 1988, cuando los marginados sociales

totalizan unos 10 millones, la Argentina produce un 6% menos que en 1983. No extraña entonces que se considere que *"la del 80 es una década "perdida" en términos de crecimiento"*.(50)

La intermediación financiera requiere cada vez con más asiduidad, recursos productivos crecientes que están alejados de la producción de bienes y servicios; y como estas actividades han generado altos beneficios individuales sin tener en cuenta la productividad social, su consecuencia ha sido la especulación, las marchas y contramarchas en las políticas implementadas, la caída del poder adquisitivo, el desconcierto, una moneda argentina en terapia intensiva y descalificada por la invasión de bonos provinciales y nacionales, una importante deuda interna y externa, ruptura en la cadena productiva y un proceso inflacionario que sume en el pesimismo a la sociedad argentina. La productividad negativa del sector público y una acotada capacidad real de pago, completan un complejo panorama que deteriora de manera sostenida el PBI. (51)

A fines de 1991 el nuevo Ministro de Economía, Domingo F. Cavallo y sus colaboradores de la Fundación Mediterránea, proponen el Plan de Convertibilidad, que se convierte en un verdadero programa de estabilización. El estado pasa a disciplinar a los actores económicos para que puedan ser competitivos a nivel mundial. Se fija por ley el tipo de cambio y se cubre en su totalidad la base monetaria. El sistema financiero se recupera y se procede a refinanciar la deuda externa. El capital nacional comienza a ser repatriado. En 1994 la coyuntura internacional deja al descubierto las debilidades del programa al producirse el alza en las tasas de interés estadounidenses, mientras el sistema financiero se concentra en beneficio de la banca extranjera. La respuesta gubernamental no se hace esperar: privatizaciones y reducción de gastos, especialmente en las provincias. Una nueva alianza de clases cobra cuerpo y el menemismo se aproxima a la alta burguesía argentina y al capital externo (especialmente de los Estados Unidos). Desocupación, pobreza y marginalidad son los rasgos de la Argentina, cuando el modelo liberal menemista muestra sus limitaciones. Desde entonces esas características se acentúan, se hacen más profundas y hasta indelebles.

En enero de 2002 -después de pasar por un largo período de sostenida convertibilidad- se produce la temida devaluación, pero en esta ocasión se pasa de una economía dolarizada a una pesificada, que deja caer todo el peso de sus efectos negativos en los sectores asalariados de la sociedad argentina. Al mismo tiempo, se suspende el pago de la deuda externa, el patrimonio personal y nacional resulta afectado por la interferencia estatal en los contratos acordados entre ahorristas y entidades financieras, provocando una aguda crisis de confianza que se extiende *"a la moneda, al sistema financiero y a los contratos, resultando en una notable caída de la actividad económica"*.(52) En todos los casos, los cambios erráticos de la política económica reflejan, no sólo la presión externa sino la ambigüedad y desarticulación de las decisiones políticas internas, que no son ajenas a la inestabilidad, a veces explícita y otras encubierta, en que vive desde hace años la sociedad argentina.

La crisis actual es de profundo estancamiento, consecuencia de la frustración de la anunciada *"revolución productiva"*, porque la producción está afectada en su esencia, podría decirse que no existe, y las circunstancias sociopolíticas son diferentes a períodos anteriores de nuestra historia. Desde la devaluación, la canasta básica de alimentos ha crecido en casi un 35 %. Una situación que ha provocado un aumento extraordinario y constante en el número de argentinos que viven bajo la línea de pobreza extrema. Su número es de 6,5 millones de personas, es decir, un 17,8 % de la población total. El hambre ha pasado a ser un dato de la vida cotidiana de una gran cantidad de compatriotas, a pesar de ser la Argentina uno de los principales países oferentes de alimentos a nivel mundial.

La alineación de los precios internos con los internacionales deja sentir sus efectos, en una coyuntura de salarios estancados o en descenso, como consecuencia de la desocupación creciente.(53) El sector agropecuario (productores, proveedores de insumos y agentes de

comercialización) "*se apropian de beneficios extraordinarios*", a pesar del aumento de los insumos. De ahí que la decisión de implantar impuestos a las exportaciones agrarias se conviertan en un elemento sustantivo para contribuir a generar la reclamada equidad social; para lograr revertir la "*geografía del hambre*", que según la Organización Mundial de la Salud, muestra que 3 de cada 10 niños argentinos (es decir, 2,7 millones) no reciben las calorías necesarias para un desarrollo normal.(54)

La reflexión en torno a una política integral de recuperación del aparato productivo y de crecimiento del empleo, no pueden estar ausentes en cualquier estrategia que se piense para ser ejecutada en beneficio de una salida exitosa de la crisis actual, que -sin duda- también obliga a refundar el sistema político para que pueda recuperar su legitimidad, asegurando instrumentos fuertes de control y participación ciudadana en todos los niveles; poner límites a las reelecciones en los poderes Ejecutivos y Legislativos; avanzar hacia la constitución efectiva de regiones para mejorar la implementación de políticas públicas y un régimen de financiamiento de la actividad política con un control efectivo y sanciones reales.(55)

Los historiadores y los científicos en general -tan pocas veces consultados- podemos

contribuir ya no a generar respuestas globales como en el pasado, sino a comprender los problemas, efectuar diagnósticos y contribuir a la búsqueda de soluciones a los problemas específicos que contribuyen a provocar la disolución social. Para que "*los usos de la historia en la toma de decisiones*" -a los cuales se refieren Richard Neustad y Ernest R. May, con una concepción positivista- sirvan como "*guías para la acción*"; o bien, como afirma Germán Carrera Damas, a partir de "*la tenacidad del pasado y la capacidad que tiene éste de proyectarse en el futuro*", poder recrear la función del historiador en la formulación de las políticas públicas.(56)

En tiempos de reformas, de protestas sociales nuevas y tradicionales, de reclamos frustrados y desconcierto, de puesta en cuestión de la dirigencia política, tal vez resulte importante volver la mirada al pasado para recordar las palabras de Leandro Alem dirigida, el 13 de abril de 1890, a los jóvenes participantes de la Unión Cívica. Fiel a sus principios éticos afirma entonces, que "*no hay, no puede haber buenas finanzas donde no hay buena política. Buena política quiere decir respeto a los derechos; buena política quiere decir aplicación recta y correcta de las rentas públicas; buena política quiere decir protección a las industrias lícitas y no especulación aventurera para que ganen los parásitos del poder; buena política quiere decir exclusión de favoritos y de emisiones clandestinas. [...] Pero para hacer buena política, se necesitan grandes móviles, se necesita fe, honradez, nobles ideales: se necesita patriotismo. Con patriotismo se puede salir con la frente altiva, con la estimación de los ciudadanos, con la conciencia pura, limpia y tranquila pero también con los bolsillos livianos*". Es que es imprescindible comprender que "*la vida política de un pueblo marca la condición en que se encuentra: marca su nivel moral, marca el temple y la energía de su carácter. El pueblo donde no hay vida política es un pueblo corrompido y en decadencia o es víctima de una brutal opresión*".(57)

Una revisión de las causales de las crisis pasadas y la forma de abordarlas -con resultados poco duraderos en el largo plazo- parece una tarea imprescindible; pero -en esta ocasión- tratando de comprender el problema en el marco de la globalización, "*como expresión de tendencias comunes al conjunto de las naciones latinoamericanas*". Desde esta perspectiva pueden derivarse posibles soluciones a la crisis, para evitar lo que Jeffrey Sachs calificara como "*el riesgo de reiterar viejos errores económicos argentinos*".(58)

Los científicos sociales tenemos un importante papel que cumplir en esta reestructuración social y política, especialmente en tiempos del "*Estado mínimo*"; de un Estado que no asume casi ninguna de las funciones para las que fue creado; de un Estado en crisis.(59) Es preciso recordar los conceptos del informe de las Naciones Unidas para el Desarrollo, cuando manifiesta que "*lo*

importante no es el tamaño del Estado, sino que sea fuerte y tenga en claro su rol".(60)

El significado de esta afirmación se refuerza si se piensa que la nuestra es una sociedad acostumbrada a los nexos paternalistas, donde el sector dirigente no ha desempeñado ni desempeña eficazmente su papel, "*siendo capaz de servirse, sirviendo al desarrollo nacional*". Decisión política, honradez, precisión y respeto a las leyes para restaurar la credibilidad en el sistema político, son instrumentos necesarios para poder superar esta "*crisis de conciencia*"; para advertir y reconocer que el país ha cambiado y que "*no será posible crecer sin estabilidad ni derrotar la inflación sin crecimiento*".(61) En este sentido el análisis histórico y la preservación de la memoria pueden sugerir nexos de continuidad pero también claves para el cambio.

Notas

1. El concepto "memoria colectiva" pertenece a Maurice Halbwachs, 1925. GERARD NAMER, "Les cadres sociaux de la mémoire", en *L'histoire aujourd'hui. Nouveaux objets de recherche. Courants et débats. Le métier d'historien*, Paris Editions Sciences Humaines, 1999, pp. 349-351. Ver además ELIAS PALTI, "El legado como problema", en CARLOS ALTAMIRANO (Ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel, 1999, pp. 24-34.
2. *Revista de Historia*, publicación trimestral, Buenos Aires, núm. 1, primer trimestre, 1957, p. 3.
3. FERNAND BRAUDEL, *La Méditerranée. L'espace et l'histoire*, París, Arts et métiers graphiques, s/f, p. 225. -----, "Retour aux enquêtes", en *Annales. Economie, Société, Civilisations*, núm. 3.mai-juin 1961, p. 421.
4. ERIC J. HOBSBAWM, "The social function of the past: some questions", en *Past and Present* 55, 1972, pp. 3-17. PAUL RICOEUR, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, París, Seuil, 2000, p. I. W., WAGNER y F. ELEJABARRIETA, "*Representaciones sociales*", en: J. FRANCISCO MORALES y otro (coords), *Psicología social*, Madrid, Graw-Hill, 1996, pp.817-822. JEAN-CLAUDE RUANO-BORBALAN, *L'histoire aujourd'hui. Nouveaux objets de recherche. Courants et débats. Le métier d'historien*, París, Editions Sciences Humaines, 1999, pp.16-19. (Entrevista a Roger Chartier sobre "*Les représentations du passé*").
- MICHEL VOVELLE, "Histoire et représentations", en *L'histoire aujourd'hui...*, pp. 45-49. JACQUES LE GOFF, *Histoire et mémoire*, Paris, Gallimard, 1988, pp. 52-58 y pp. 162-173. Es que "la evolución de las sociedades de la segunda mitad del siglo XX deja en claro la importancia de la posición que representa la memoria colectiva", afirma el autor.
5. FRANÇOIS BEDARIDA, "L'Histoire. Entre Science et Mémoire?", en JEAN-CLAUDE RUANO-BORBALAN, *L'histoire aujourd'hui ... op. cit.*, pp.335-342.
6. PIERRE NORA, "Les lieux de Mémoire", JEAN-CLAUDE RUANO-BORBALAN, *L'histoire aujourd'hui ... op. cit.*, pp.343-348.
7. SILVIA PEREZ RINGUELET de SYRIANI, *Los fundadores de la "Escuela de los Annales"*, La Plata, tesis doctoral inédita, Universidad Nacional de La Plata, 1989, p. 86.
8. *Debats* 4, París, 1986, pp. 91-110. LAWRENCE STONE, *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, primera parte.
9. ALAIN TOURAINE, *El regreso del actor*, Buenos Aires, EUDEBA, 1987. *Página 12*, Buenos Aires, jueves 19 de octubre de 1989, p. 13 (sección reportajes).
10. *Página 12*, Buenos Aires, jueves 17 de agosto de 1989, p. 18.
11. DIANA QUATTROCCHI-WOISSON, *Los males de la memoria. Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1995.
12. THOMAS MC GANN, *Argentina, estados Unidos y el sistema interamericano 1880-1914*, Buenos Aires, EUDEBA, 1965.
13. NATALIO BOTANA, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1979. MIGUEL ANGEL CARCANO, *Sáenz Peña. La revolución por los comicios*, Buenos Aires, EUDEBA, 2da. Edición, 1977.
14. JAMES R. SCOBIE, *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino, 1860-1910*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1968. NOEMÍ M: GIRBAL de BLACHA, *Historia de la agricultura argentina a fines del siglo XIX (1890-1900)*, Buenos Aires, FECIC, 1982. ROBERTO, CORTES CONDE, *La economía argentina en el largo plazo. Ensayos de historia económica de los siglos XIX y XX*, Buenos Aires, 1997.
15. GUSTAVO FERRARI, *Apogeo y crisis del liberalismo 1886-1890*, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1978.
16. TIM DUNCAN, "La política fiscal durante el gobierno de Juárez Celman, 1886-1890. Una audaz estrategia financiera internacional", en *Desarrollo Económico* 89, vol. 23, abril-junio, 1983, pp. 11-34. ROBERTO CORTES CONDE, *Dinero, Deuda y Crisis. Evolución fiscal y monetaria en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana/Instituto Di Tella, 1989. *La Nación*, Buenos Aires, domingo 30 de abril de 1989, 3era. Sección, p. 1.
17. CARLOS MARICHAL, *Historia de la deuda externa de América Latina* Madrid, Alianza Editorial, 1988.

18. JUAN BALESTRA, El noventa, una evolución política argentina, Buenos Aires, Roldán Editor, 1935, pp. 13 y 15.
19. HORACIO JUAN CUCCORESE, "Historia económica y financiera argentina", en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, Historia Argentina Contemporánea 1862-1930, Buenos Aires, El Ateneo, 1966, t. III, pp. 7-126.
- ROBERTO CORTES CONDE, Dinero, deuda y crisis ... op. cit.
20. Algunos ejemplos: ALEJANDRO CALZADA, "Enseñanza de la crisis", en Revista Argentina de Ciencias Políticas, Buenos Aires, 1914, t. VIII, pp.493 y ss. FRANCISCO FERREIRA, "La crisis", en La Prensa, Buenos Aires, 1890, artículos varios (en Biblioteca Tornquist, Economía 133). VENTURA F. GUTIERREZ, Crisis y solución, Buenos Aires, s/f. MANUEL L. MIGUEZ, La crisis. Proyecto-Solución, La Plata, 1890. CENTRO DEL COMERCIO, Informe de la Comisión Especial nombrada en la Asamblea del 1º de junio de 1897 para dictaminar sobre las causas de la crisis comercial. Informes parciales de los Delegados de Gremios. Julio 16 de 1897, Buenos Aires, 1897.
21. JUAN BALESTRA, El noventa ... op. cit., p.98.
22. Ibídem, p. 111.
23. NOEMI M: GIRBAL de BLACHA, Estado, chacareros y terratenientes (1916-1930), Buenos Aires, CEAL, 1988, Colección Biblioteca Política Argentina 211. ARTURO O'CONNELL, "La Argentina en la Depresión: los problemas de una economía abierta", en Desarrollo Económico 92, vol.23, enero-marzo de 1984, p.479-514.
24. TULIO HALPERIN DONGHI, "Canción de otoño en primavera: previsiones sobre la crisis de la agricultura cerealera argentina (1894-1930)", en Desarrollo Económico 95, vol.24, octubre-diciembre de 1984, p. 386.
25. GABRIEL A. ALMOND, "Introduction: A functional approach to comparative politics", en JAMES S. COLEMAN, The Politics of the Developing Areas, Princeton, New Jersey, 1966. LUCIAN W. PYE, Aspects of Political Development. An analytic study, Boston-Toronto, 1966. PETER WALDMANN, El peronismo 1943-1955, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1981.
26. ROSEMARY THORP (comp.), Latin America in the 1930's: The Role of the Periphery in World Crisis, Londres, Macmillan, 1984.
27. ARTURO O'CONNELL, "La Argentina en la Depresión ... op. cit.
28. RAUL PREBICH, "La inflación escolástica y la moneda argentina", en Boletín Oficial de la Bolsa de Comercio del Rosario, Rosario, 1934, p. 11.
29. JUAN JOSE LLACH, " El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo", en Desarrollo Económico 92, vol. 23, enero-marzo 1984, pp. 515-558. Hechos e Ideas. Publicación de cuestiones políticas, económicas y sociales, núms. 38-39, t. X, Buenos Aires, enero de 1941. (Edición dedicada al estudio de la recuperación de la economía nacional).
30. Clarín, Buenos Aires, domingo 16 de diciembre de 2001, Suplemento Zona, p. 3 (opinión del historiador Fernando Devoto).
31. NOEMÍ GIRBAL-BLACHA, "Acerca de la vigencia de la Argentina agropecuaria. Estado y crédito al agro durante la gestión peronista (1946-1955)", en The Americas 56, vol. 3 (USA) January 2000, pp. 77-102. ----, "Grandes y pequeños créditos a la industria textil argentina (1946-1955)", en Trabajos y Comunicaciones (2ª época) 25, Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, marzo 2000, pp. 217-240.
32. ALDO ARNAUDO, Cincuenta años de política financiera argentina (1934-1983), Buenos Aires, El Ateneo, 1987, p. 163. JORGE SCHVARZER, La industria que supimos conseguir. Una historia político social de la industria argentina, Buenos Aires, Planeta, 1996, p.190-224. MARIA SEOANE, El burgués maldito, Buenos Aires, Planeta, 1998, pp.29-88. RICARDO SIDICARO, Juan Domingo Perón, Buenos Aires, FCE, Los nombres de poder, 1996.
33. Clarín, Buenos Aires, domingo 16 de diciembre de 2001, Suplemento Zona, p. 3 (opinión del ingeniero Jorge Schvarzer).
34. PRESIDENCIA DE LA NACIÓN. SUBSECRETARIA DE INFORMACIONES, Perón anuncia el Plan Económico de 1952 y los precios de la cosecha, Buenos Aires, 1952.
35. OSVALDO BARSKY y JORGE GELMAN, Historia del Agro Argentino. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX, Buenos Aires, Grijalbo-Mondadori, 2001, cap. VIII y IX.
36. GUIDO DI TELLA y MANUEL ZYMELMAN, "Etapas del desarrollo económico argentino", en TORCUATO S. DI TELLA y otros, Argentina, sociedad de masas, Buenos Aires, EUDEBA, 1966, pp. 177-195. CARLOS DIAZ ALEJANDRO, Essays on the Economic History of the Argentine Republic, New Haven, Yale University Press, 1970 (hay version castellana de Amorrortu Editores, 1975. NORBERTO RAS, Una interpretación sobre el desarrollo agropecuario en la Argentina, Buenos Aires, Editorial Hemisferio Sur, 1977. PABLO GERCHUNOFF y LUCAS LLACH, El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas, Buenos Aires, Ariel Sociedad Económica , 1998, cap. 5. JULIO CESAR NEFFA, Modos de regulación, regímenes de acumulación y sus crisis en Argentina (1880-1996). Una contribución a su estudio desde la teoría de la regulación, Buenos Aires, EUDEBA, 1998, pp. 122 y ss. MARIO RAPOPORT y colaboradores, Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000), Buenos Aires, Editorial Macchi, 2000, cap. 5. NOEMÍ GIRBAL-BLACHA (Coordinadora); ADRIAN G. ZARRILLI y JUAN J. BALSÁ, Estado, sociedad y economía en la Argentina 1930-1997, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2001, cap. 5.
37. JUAN CARLOS PORTANTIERO, "Economía y política en la crisis argentina (1958-1973)", en WALDO ANSALDI y JOSE LUIS MORENO, Estado y sociedad en el pensamiento nacional, Buenos Aires, Ediciones Cántaro, 1989, pp. 301-346.

38. Semanario de Información y Opinión. Noticias y protagonistas, Mar del Plata, 31 de octubre de 1999, núm. 109, Sección Análisis.
39. ALDO FERRER, El devenir de una ilusión. La industria argentina desde 1930 hasta nuestros días, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1981, p. 63.
40. GUIDO DI TELLA, "La estrategia del desarrollo indirecto veinte años después", en Desarrollo Económico 101, vol. 26, abril-junio 1986, p. 52.
41. Clarín, Buenos Aires, domingo 16 de diciembre de 2001, Suplemento Zona, p. 3 (opinión del economista Mario Damill).
42. ANGUS MADDISON, Dos crisis: América y Asia 1929-1938-1983, México, FCE, 1988, pp. 13 y 52-60. MARTA BEKERMAN, "Los flujos de capital hacia América Latina y la reestructuración de las economías centrales", en Desarrollo Económico 111, vol. 28, octubre-diciembre 1988, pp. 425 y ss. Clarín, Buenos Aires, domingo 16 de diciembre de 2001, Suplemento Zona, p. 3 (opinión del economista Mario Damill).
43. ANGUS MADDISON, Dos crisis ... op. cit., p. 56.
44. Ibíd., p. 63. DOMINGO CABALLO y ROBERTO DOMÉNECH, "Las políticas macroeconómicas y el tipo de cambio real. Argentina, 1913-1984", en Desarrollo Económico 111, vol. 28, octubre-diciembre de 1988, pp. 375-400.
45. Clarín, Buenos Aires, domingo 16 de diciembre de 2001, Suplemento Zona, p. 3 (opinión del economista Martín Schorr)
46. Clarín, Buenos Aires, domingo 28 de abril de 2002, p. 6.
47. ALDO ARNAUDO, Cincuenta años de ... op.cit., pp. 137 y 139-171.
48. Ibíd., p. 171.
49. NOEMÍ GIRBAL-BLACHA (Coordinadora); ADRIAN G. ZARRILLI y JUAN J. BALSAS, Estado, ... op. cit., pp. 193-207.
50. La Nación, Buenos Aires, domingo 23 de abril de 1989, p. 22; viernes 16 de junio de 1989, p. 4. Clarín, Buenos Aires, lunes 28 de agosto de 1989, p. 9.
51. Semanario de Información y Opinión. Noticias y protagonistas, Mar del Plata, 4 de julio de 1999, núm. 92, Sección Debates.
52. La Nación, Buenos Aires, viernes 15 de marzo de 2002, p. 5. ("La salida de la convertibilidad en otras crisis argentinas", por Roberto Cortes Conde).
53. Clarín, Buenos Aires, martes 28 de mayo de 2002, p. 8.
54. Ibíd. Página 12, Buenos Aires, viernes 24 de mayo de 2002, nota 50 (Cristian Alarcón).
55. Clarín, Buenos Aires, miércoles 17 de abril de 2002, p. 6.
56. RICHARD E. NEUSTAD y ERNEST R. MAY, Los usos de la historia en la toma de decisiones, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1986. GERMAN CARRERA DAMAS, "El papel del historiador en la formulación de políticas públicas", en CLAH, Newsletter 1, vol. 25, abril 1989, p. 9.
57. JUAN BALESTRA, El Noventa ... op. cit., pp. 83-85.
58. CARLOS MARICHAL, Historia de la deuda ... op. cit. La Nación, Buenos Aires, domingo 11 de junio de 1989, 3era. Sección, p. 3; domingo 9 de julio de 1989, 3era. Sección, p. 8.
59. RICARDO SIDICARO, La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001), Buenos Aires, Libros del Rojas, Serie Extramuros 1.
60. La Nación, Buenos Aires, domingo 18 de junio de 1989, pp. 1 y 2. Página 12, Buenos Aires, jueves 10 de agosto de 1989, p. 3. Clarín, Buenos Aires. Martes 8 de agosto de 1989, pp. 2-3; domingo 3 de setiembre de 1989, Suplemento Económico, p. 10.
61. ALDO FERRER, El devenir de ... op. cit., p. 119. Clarín, Buenos Aires, jueves 14 de setiembre de 1989, Sección Cultura y Nación, p. 5.

Portada y Contenido/Cover and Contents
Instrucciones para los autores /Instructions for Authors
Consejo Editorial/Editorial Board

Theomai: palabra de origen griego que significa ver, mirar, contemplar, observar, pasar revista, comprender, conocer

Theomai is a word of greek origin wich means: to see, to contemplate, to observe, to understand, to know

theomai@unq.edu.ar

Revista Theomai es una publicación de la **[Red de Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo](#)**

Theomai Journal is published by **[Society, Nature and Development Studies Network](#)**
Coordinadores/Coordinators: Guido P. Galafassi, Adrián G. Zarrilli

[Universidad Nacional de Quilmes](#)